
Aproximación a la utopía: entrevista a Jorge Legorreta*

Eduardo del Castillo V.

I

Si Julio Verne hubiera vivido en la actual ciudad de México, seguramente habría escrito una novela denominada *Viaje a la gigantesca urbe en 80 días*; Franz Kafka habría cambiado el contenido de *Metamorfosis* para recrear las grandes e increíbles transformaciones de nuestra megalópolis; Honorato de Balzac, creador de la novela psicológica y jefe de la escuela realista, habría tenido material de sobra para dar gran profundidad a su obra *En busca de lo absoluto*.

La ciudad de México está prendida de la leyenda, sencillamente porque sus orígenes son casi inaccesibles y su complejidad actual inaprehensible. Es el concierto de la ciudad lacustre y prehispánica vibrando con las expresiones coloniales y modernas. Millones de habitantes la hacen y la viven a cada minuto, expresando en ella un crisol de personalidades que la hacen única.

Jorge Legorreta, urbanista, profesor de la UAM-Atzacapozalco, investigador del Centro de Ecología y Desarrollo, hace un recorrido sobre el pasado y el presente de esta urbe. Se introduce lo mismo en el futuro que nos espera como en los lagos a cuya ribera se asentaron los pueblos primitivos. También se sumerge en la ciudad subterránea.

Eduardo del Castillo: ¿Cómo podemos mirar la ciudad de México?

Jorge Legorreta: Si hablamos de la disminución de las tasas de crecimiento de la ciudad, las tasas de inmigración, podremos tener esta

* Esta es una versión editada de la entrevista aparecida en la sección Metropolitana de *Excélsior* los días 2, 3 y 4 de junio de 1994.

vieja idea utópica, desde 1916 o quizás antes, de que la ciudad debe estar en equilibrio con su territorio general para crecer de manera más equilibrada. Son ideas generales.

En función de esta visión general, creo que debemos basar nuestro interés fundamental en las formas nuevas de crecimiento de la ciudad. Por ejemplo, en reconstruir tejidos en la ciudad ya organizada.

Creo que la idea de la ciudad urbanizada no sólo compete al gobierno, sino que la tienen los propios pobladores y las organizaciones sociales. Todos tienen alternativas; los proyectos alternativos de las organizaciones de vivienda de las periferias tienen un concepto completamente urbanizado. No hay un planteamiento integral sobre la relación con el campo. Se suprime el campo, la agricultura, y los patrones siguen siendo muy tradicionales.

Específicamente, lo que entonces se plantearía no es una urbanización del campo, sino una ruralización de la ciudad. Es decir, introducir la agricultura en la ciudad, de tal manera que se pueda convivir con ella. Porque la cuenca de México todavía tiene mucha agricultura y entonces estaríamos hablando de un modelo mucho más integrado desde el punto de vista ecológico. Un modelo en otra dimensión.

¿Miedo a crecer?

Creo que el progreso, el bienestar de la ciudad, va a tener que ser una utopía. Se va a tener que convivir con muchos procesos sociales y urbanos inéditos. Pero no hay que tenerle miedo al tamaño y al futuro crecimiento de la ciudad. Creo, por el contrario, que debíamos prepararnos, introduciendo en la ciudad cambios radicales en sus formas de ser, en sus formas de organización, por ejemplo, en lo que se refiere al transporte.

La tasa de crecimiento vehicular en la ciudad de México es del 6 % anual. Estamos hablando de una tasa tres veces superior a la del crecimiento de población que tiene todo el país, que es del 2 %. La tasa de crecimiento poblacional de la ciudad de México es del 4 %, entre los que nacen y los que llegan.

Y la historia nos hace ver que en las etapas en que nuestro país ha estado vinculado a las grandes economías mundiales, lo más cercano sería en el Porfiriato, la ciudad es una expresión de esa forma de organizar la economía y una de sus expresiones espaciales más importantes es el crecimiento de la ciudad.

En ese sentido, se están preparando en la ciudad de México infraestructuras hidráulicas, de abastecimiento de agua y desalojo de la misma. Y yo diría también infraestructuras viales. Eso es lo que va a soportar el crecimiento de esta ciudad, desmesuradamente, en el siglo XXI hacia Toluca, pero también hacia el valle de Cuernavaca. Yo creo que es inminente la conurbación del valle de Cuernavaca en los próximos 60 años, ayudado o determinado en gran parte por una gran obra que se construye en el Ajusco, que es el acuaférico.

Eduardo del Castillo: ¿Qué proyecto soporta la construcción de dicho acuaférico?

Jorge Legorreta: El acuaférico es la idea de que la ciudad de México, el área metropolitana, cuente con un circuito radial, una especie de tubo alrededor de toda el área metropolitana como distribuidor del agua. Este tubo ya está construido en 13 kilómetros por el Ajusco y va a llevar agua a toda la parte del Ajusco hasta Mixquic, que es la etapa que se piensa terminar en los próximos dos años.

Y ya empezaron las obras en la parte poniente de la ciudad, hacia el Estado de México. Esto me hace pensar que esta obra habrá de ser el gran distribuidor de agua en la ciudad, en unos cien años más o menos, de otras cuencas que están alrededor de la cuenca de México para traer el agua.

Entonces, estamos hablando de una perspectiva que probablemente hoy nos asuste, pero que definitivamente es parte de un proceso histórico. La propuesta es que veamos en esta visión más global el crecimiento futuro de la ciudad.

Así dejaremos de construir un discurso, que es por demás utópico: el de que la ciudad deje de crecer, que haya mayor equilibrio en el desarrollo urbano de todo el país y que las ciudades medias como alternativa sean fortalecidas. Nuestro punto de vista es que esta ciudad va a pasar a tener, en el año 2010, unos 25 o 27 millones de habitantes y que no nos debe asustar esto porque no es un problema de cantidad.

Ciudad de ciudades

Eduardo del Castillo: Usted ha señalado en alguna ocasión que esta ciudad no es una, sino que en realidad es una mezcla de muchas ciudades. ¿A partir de qué argumentos nace ese enfoque y hacia dónde va esa perspectiva?

Jorge Legorreta: La ciudad de México ha atravesado históricamente por tres modelos, lo que, urbanísticamente, la hace sumamente rica. No hay, en ninguna parte del mundo, una ciudad que tenga tanta riqueza de espacios tan diversos —por así decirlo—, como la ciudad de México.

¿Por qué? La ciudad que teníamos en el siglo XVI, cuando los españoles se asomaron entre los volcanes del Ixtla y el Popocatepetl, era una ciudad lacustre, no era solamente la Gran Tenochtitlán. Por eso yo no estoy de acuerdo en que la creación, el origen de la ciudad de México, se remonte al año de 1321, que es el siglo XIV. Porque cuando los mexicas llegaron a esta cuenca, ya vivían en ella alrededor de 400 mil habitantes.

Era entonces un asentamiento conformado por todos los pueblos ribereños de los cinco grandes lagos y todas las poblaciones que había en las montañas, en la parte seca, en la parte dura, que provenían del siglo X. Por ejemplo, en Xochimilco, las chinampas son del siglo X. Texcoco ya prueba que tenía población en el siglo IX o X, Cuicuilco, etcétera. Pero cuando llegan los mexicas en el siglo XIV y crean una ciudad en un lago, ésta era sólo una parte de la ciudad.

Por tanto, cuando se desarrolla el esplendor, la Gran Tenochtitlán era el centro de una ciudad, no era la ciudad completa. Estamos hablando de una ciudad cuyo centro histórico o corazón era la Gran Tenochtitlán y que tenía relaciones con todos los pobladitos de la periferia. Estoy hablando de Chapultepec, Mixcoac, Coyoacán, Xochimilco, Chalco, San Gregorio, Chimalhuacán, Texcoco, Cuautitlán, Tepeyac, La Villa, Atzacapotzalco, etcétera, etcétera. Este conjunto, según Sanders, un antropólogo norteamericano, llegó a tener 800 o 900 mil habitantes.

¿Qué sucede cuando llegan los españoles? Buscan suplantar este modelo lacustre de ciudad, extraordinario por su riqueza artificial, porque es una ciudad creada en un lago en su parte central, y empiezan a hacer predominar otro modelo que es el medieval español para hacer desaparecer completamente la cultura prehispánica y su modelo lacustre. No lo logran, no se ha logrado hasta ahora.

Sobre los antiguos pobladitos prehispánicos, crean una ciudad distinta con pobladitos coloniales que existieron durante la colonia y luego en el siglo XX. No logran exterminar esa ciudad prehispánica, porque todavía en el sur de la ciudad, que es una región compuesta por 2 500 hectáreas, los canales prehispánicos siguen existiendo. Ahí tenemos ese ejemplo de ciudad prehispánica. Y no estoy hablando de los vestigios

del Templo Mayor, sino de una auténtica ciudad prehispánica que existe todavía en el sur de la ciudad, que no es el Xochimilco turístico.

Cuenca inagotable

Y antes de continuar, vale hacer una comparación. Así como creció el modelo colonial, llegó el XIX como un siglo de transición y se saltó al siglo XX con otro modelo más norteamericanizado, que es el actual y se va extendiendo, el de la ciudad basada en el automóvil. Es un tipo de ciudad basada en los grandes *malls* o centros comerciales como los de Satélite, Perisur o Santa Fe. Esa es una lectura del cambio de modelos.

Pero cuando en la ciudad de México se busca imponer el modelo colonial sobre el modelo prehispánico, se tiene que resolver una dificultad; y es que para poder implantar un modelo feudal, de ciudad de tierra, con carretas, cañones, etcétera, tienen que sacar el agua de la cuenca. Estoy hablando de 1 100 kilómetros cuadrados de agua en el siglo XVI. La ciudad de México, la parte urbana de la ciudad, tiene actualmente 1300 kilómetros cuadrados, 200 kilómetros más en el siglo XX de lo que había de agua en la cuenca.

Sacar el agua de la cuenca era una tarea gigantesca. E insisto, aún hoy no terminamos de hacerlo porque todavía no hemos exterminado los 140 kilómetros de canales y los 2 500 hectáreas que tenemos en el sur. Todavía no se logra ese sueño español. Pero esa empresa significó la construcción de grandes obras hidráulicas para sacar esa agua de la cuenca y mandarla al Golfo de México.

Quien se encargó de esa obra fue Enrico Martínez en el siglo XVII, con el Tajo de Nochistongo. Perforó por primera vez la cuenca, en 1608-1609, para sacar el agua del lago más alto, que es Zumpango, seis metros arriba del lago de Texcoco, y mandó esa agua al Golfo de México. En la actualidad, todavía el agua que sale del Tajo de Nochistongo va al Golfo de México. A través del Río Tula, el Río Moctezuma y el Río Pánuco.

Ahí tienes otra visión de la ciudad que nosotros hemos denominado la ciudad subterránea. ¿Por qué? Porque siguiendo esta lógica, este sueño español de sacar el agua, se construyó después, a finales del siglo XIX, otro túnel llamado de Tequisquiac para sacar el agua del Lago de Texcoco, que es el Gran Canal y ahora está por entubarse. Y en 1967, cuando se autoriza el metro, se inicia la construcción del drenaje profundo.

Entonces, tenemos debajo de nuestros pies ciento diez kilómetros de drenaje profundo, que es parte de esta visión histórica de seguir sacando el agua de la cuenca, nada más que ahora ya es un túnel mucho más moderno, a 237 metros de profundidad. Ahí tenemos otra visión que podemos denominar ciudad subterránea.

Otra visión interesante es cómo se abastece el agua para la ciudad. El primer abastecimiento que tuvo la ciudad fue del monte de Chapultepec. Era un agua muy mala. Cuando los españoles llegaron, destruyeron el acueducto que la traía, aunque después lo reconstruyeron. Luego se fueron a traerla de Santa Fe, que es un agua mejor. Bueno, la historia es muy compleja y muy larga. Antes, en la época prehispánica, nos fuimos a Coyoacán, después nos fuimos al Desierto de los Leones, luego trajimos agua de Xochimilco en 1906, ya en la época de don Porfirio.

Después, en los cincuenta de este siglo, nos fuimos a Lerma y en los setenta nos fuimos a Cutzamala. Y el problema es que esa agua se está agotando. Por eso hemos ido al subsuelo y, desde 1920 hasta 1993, extrajimos el 70 % del agua del subsuelo. Esto generó problemas de hundimientos, los que se deben a que buena parte de la ciudad ya quedó abajo del Gran Canal y, cuando llueve, tenemos que bombear el agua para sacarla de la urbe. Ahí tenemos otra visión de la ciudad, que es la historia de las obras hidráulicas que la abastecieron de agua.

Esplendor central

Tenemos también una visión de la época colonial, digamos, la expresión del esplendor de esa época que se expresa en el Centro Histórico. Nuestro Centro Histórico es uno de los más interesantes de todo el mundo porque concentra las grandes épocas de la historia. En un pedacito de aproximadamente cinco kilómetros cuadrados, tenemos todavía arquitectura prehispánica, vestigios prehispánicos vivos, que se pueden ver. Está el Templo Mayor, una pirámide que está en un sótano frente al Templo Mayor, y acabamos de descubrir una hilera del Templo Mayor en el Arzobispado con una cabeza mexicana intacta.

La arquitectura del siglo XVI la tenemos en el Hospital de Jesús. Se trata de un extraordinario patio del siglo XVI, reconstruido posteriormente, pero con sus dimensiones originales. Y tenemos pintura del siglo XVI.

Por no hablar del esplendor de la arquitectura de los siglos XVII y XVIII, que es barroca-churrigüesca-plateresca, de la que hay muchas

obras. Algunas de las más destacadas son el Claustro de la Merced, la Santísima, la Catedral con sus interiores y con su sagrario. De eso hay bastante.

También tenemos una arquitectura neoclásica extraordinaria. La Iglesia del Redentor, el Palacio de Minería, las Torres que terminó Tolsá, hay neoclásico en Catedral, y tenemos extraordinaria arquitectura ecléctica como en el Museo Nacional de Arte de la calle de Tacuba, en Correos y Bellas Artes. Un extraordinario ejemplo de arquitectura *art nouveau* se encuentra en el interior de lo que es el Hotel de la Ciudad de México, lo que fue el Centro Mercantil.

Y luego tenemos arquitectura neocolonial en un periodo interesante después de la Revolución y luego el, *art deco*, en el interior de Bellas Artes, arquitectura funcionalista de los años 30-40. Además de arquitectura internacional como la Torre Latinoamericana. Luego arquitectura *high tech*, que se puede ver en una parte de la fachada de un edificio moderno de González de León, en Venustiano Carranza. Y tenemos arquitectura postmoderna en el Centro Histórico.

Hay una riqueza extraordinaria de cultura arquitectónica en el Centro Histórico, que no es sino arquitectura de la ciudad, porque la ciudad es fundamentalmente arquitectura, está hecha a base de arquitectura. Ahí tenemos otra visión que tenemos que leer de manera detallada.

Hay mucho más. Por ejemplo, la Revolución mexicana, lo que hace, entre otros grandes aportes, es convertir en protagonistas de la historia de este siglo a los campesinos, a los indígenas y a los obreros. Los trae a la historia. Es decir, los rescata del Porfiriato que los había olvidado y los hace emerger y representa a través de las grandes centrales en los años treinta.

Pero la expresión cultural de este hecho histórico la llevan a cabo los grandes muralistas, Orozco, Rivera y Siqueiros fundamentalmente. Y la van a plasmar en los muros de toda la ciudad de México hasta Chapingo. Y ésta es otra lectura de cómo la historia nuestra se puede ver a través de los murales.

Sin referencias

Pero hay otras visiones como la de los barrios. La ciudad de México es interesante en el mundo por la cantidad de modelos urbanísticos y por la cantidad de barrios tradicionales que tiene en su seno. Está el Centro

Histórico como tal, como estructura barrial, pero tenemos Tepito, La Lagunilla, las colonias Guerrero, Obrera, Doctores, Alamos —más moderna, con trazos diferentes—, la colonia Federal que es una especie de estrella, la colonia Santa María de la Ribera, la Hipódromo Condesa o la colonia Roma...

Cada pedazo de ciudad es diferente y eso hace rico al conjunto. Y el gran contraste son las ciudades norteamericanas, o incluso la ciudad de Puebla que, fuera del centro histórico, todo es una retícula donde las referencias son casi iguales. Es la monotonía. Por eso la ciudad de México es difícil para los extranjeros, muy complicada; porque, aparte de lo grande, no tiene referencias iguales, no hay un solo modelo de colonia en la ciudad de México.

Cuando caminas por la ciudad la vives, vas viendo su historia. Si pasas de la Condesa a la Roma y te introduces a la Colonia del Valle, pues pasas veinte años de historia. Porque la Hipódromo Condesa se hizo con una concepción en donde el área verde con jardines públicos era muy importante. Y en la Condesa no hay una sola referencia, es una especie de óvalo, donde las esquinas van cambiando. Entonces, es de una riqueza visual extraordinaria, con remates en las fuentes, en las glorietas.

Y cuando te metes a la Colonia del Valle, vas a ver que los jardines ya no tienen tanta importancia. El jardín se metió a las casas, que es la casa del sector medio donde tu jardín es privado. Sí hay jardines públicos, pero no predominan en el contexto urbano. Las calles son una retícula donde te vas a perder en la monotonía. Y así podríamos hablar de Coyoacán y otros. Allí tienes una riqueza de barrios a través de la cual puede ser leída la ciudad.

A bailar

Quiero referirme a una idea un poco equivocada. Ando ahora peleándome un poco con los paradigmas de los años ochenta, con las corrientes urbanísticas que se nos metieron en el sector académico, que trajimos de fuera y que no nos cuadran. Hay por ejemplo un paradigma, una idea —dentro de la concepción marxista— de que la ciudad la hicimos como el sustento de la producción, del trabajo. Luego nos llegaron las corrientes neomarxistas de Castels y del sector académico que siguió esto, que consideró a la ciudad como el espacio material de la

producción, la distribución y el consumo, que es la forma clásica casteliana de ver la ciudad.

Esas concepciones están basadas en la idea de que el trabajo es la estructura social, una idea muy cercana al protestantismo y al carácter anglosajón del pensamiento o de la ciudad. Es decir, el trabajo es la estructura de tu vida. Entonces concebimos a la ciudad como el espacio de trabajo.

Y bueno, si te pones a ver esta ciudad, si te pones a analizarla y a conocerla un poco más, te encuentras con algo muy importante: cuando dejas tu trabajo a un lado y te dedicas ver los otros espacios de la ciudad, vas a descubrir que esta ciudad es la capital del disfrute en el mundo.

Esto porque la concepción nuestra sobre la vida no es exclusivamente el trabajo, sino que hay una serie de actividades basadas en los disfrutes colectivos. Entonces empiezas a investigar y a darte cuenta de que la ciudad está plagada, pero inmensamente plagada, de lugares en donde puedes disfrutar tu vida. Tienes donde ir a conversar, a bailar, etcétera. Hay una gran actividad, tiempos y espacios dedicados al disfrute.

En esta ciudad, como en ninguna otra en el mundo, te hablo incluso de Nueva York, Chicago, París o Tokio, existen grandes salones de baile que abren toda la semana. Me refiero a los tres grandes salones de baile que son el Colonia en la Obrera, el California en Portales y Los Angeles en la Guerrero. Tres grandes salones, donde no hay un día de la semana en que no estén abiertos de seis de la tarde a once de la noche. Pero esto quizá no fuera tan importante si solamente fueran tres, pero hay cerca de 60 salones de baile. Te hablo de la ciudad más conocida, no nos hemos metido a la ciudad periférica, como por ejemplo en Naucalpan, Tlalnepantla, etcétera.

Y otra parte de la ciudad tiene a su vez una serie de lugares como cantinas, pulquerías, bares que son parte importante de la reproducción social de la vida en la ciudad. No se puede entender la producción sin esta extensión de actividades. No son actividades fuera de la estructura de la ciudad. Se tienen que ver dentro de la estructura barrial, como actividades importantes y como parte importante de las actividades sociales. No puedes más que sorprenderte de cómo a veces, un miércoles, están bailando tres mil personas en el salón Colonia, de seis de la tarde a once de la noche.

Y no puedes sino asombrarte cuando vas a cualquier cantina de la ciudad y encuentras mucha gente, más en quincena, pero hay gente

siempre en las cantinas, porque abren de lunes a sábado todas. Y ahí vas a encontrar que esa parte importante de la vida no la tiene la cultura anglosajona basada en el trabajo y sobre el tiempo.

Es decir, la dimensión del tiempo en la cultura anglosajona es diferente a la mexicana. Esa diferencia hace que la ciudad de México y otras del país sean distintas a aquéllas. Por eso digo que en nuestro medio la estructura social crea la ciudad, no al revés.

Los bares de compañía, que son lugares donde un sector de hombres —hay para mujeres, pero son clandestinos— va a platicar con una mujer, a pagar un servicio de compañía, y no me refiero desde luego a la prostitución. Simplemente a la compra de compañía, a través de platicar o de un baile que se paga por pieza.

Asombra la cantidad de lugares de compañía que hay en la ciudad y esto, desde mi punto de vista, responde a la necesidad de hablar, de ser apapachado, de ser escuchado, de platicar, de sentirse que se es parte de la estructura social. Hay bares de compañía que están abiertos toda la noche. Los hay para yupies —muy caros y alguno de ellos permanece abierto hasta las cinco de la mañana—, como un ejemplo de cómo el sector que ha llevado nuestras finanzas en los últimos seis años necesita un espacio de compañía para ir a platicar.

Así tenemos una de tantas visiones del disfrute con los salones de baile, bares y cantinas, que nos refiere en parte a la ciudad de noche. Cómo vive la ciudad en la noche. Qué se hace de noche en la ciudad. Y te vas a encontrar muchos lugares que funcionan toda la noche.

Y vas a entender, así lo entiendo yo, el que estos lugares sean receptores de núcleos de población para desahogar muchas de sus emociones, de sus conflictos, porque si no existieran, la ciudad se volvería muy violenta. No estoy justificando los giros negros, sino tratando de entender una actividad nocturna dentro del contexto de la estructura urbana, como una necesidad social.

Las pulquerías

Pero pasando a las pulquerías, es un tema muy interesante que tiene que ver con el pasado prehispánico. Porque resulta que en la ciudad vive una gran cantidad de indígenas. Es una ciudad con una estructura que no ha perdido su sello indígena.

Fíjate nada más que las grandes calzadas prehispánicas de la Gran Tenochtitlán siguen siendo las calzadas por las que más rápidamente llegas al Centro Histórico. Por ejemplo, de la parte sur de la ciudad sigues llegando al Centro Histórico más rápido por Calzada de Tlalpan que por el Eje Central (antes Niño Perdido). Llegas de la parte poniente de la ciudad, que es Atzacapotzalco-Tacuba, más fácilmente al Centro Histórico por la Calzada Tacuba. Y lo mismo puede decirse de calzadas prehispánicas como Misterios o Vallejo.

Pero no sólo esto. Los 51 grandes ríos que tenía la ciudad son ahora la estructura vial de la ciudad: Río Churubusco, Río Consulado, Río Mixocac, Río San Joaquín, Viaducto Río de la Piedad, etcétera. La estructura de la modernidad es la estructura de los ríos prehispánicos. Esa es una referencia básicamente urbana.

Todavía, a pesar de la modernidad, tenemos una ciudad con estructuras del México prehispánico y con una gran presencia de población indígena rural. Esta población que viene a la ciudad y se dedica a labores de construcción. Son los albañiles.

Y los albañiles indígenas son los constructores del México moderno, como los antiguos indígenas fueron constructores de la ciudad colonial y antes del México prehispánico. Las grandes obras de ingeniería y las grandes obras de la arquitectura contemporánea siguen construyéndose con mano de obra rural.

Y, ahora sí, habría que preguntarse dónde come, cómo se reproduce, dónde vive esta población rural. Y es muy interesante cuando por ahí encuentras que las pulquerías son una parte importante, un centro de reunión de estos núcleos semiruralizados —porque están en contacto con la cultura urbana— que ahí comen. Todo mundo sabe que un obrero de la construcción, que no tiene ninguna capacitación, gana 150 a 160 pesos a la semana. Con ese dinero no podría comer en una fonda donde le van a cobrar muy bajo 8 pesos, porque tiene otros gastos y tiene que mandar dinero a su casa, etcétera.

Bueno, pues gran parte de esta población constructora del México moderno se reproduce en las pulquerías, a través de uno o dos litros de pulque y donde tú encuentras unas estufitas en las que los albañiles cocinan la comida que antes han ido a comprar a los mercados. Y en las pulquerías también se ofrece una modesta botana, a veces presentada en un molcajete.

Este vestigio rural está desapareciendo en parte por cuestiones absurdas desde el punto de vista social, aunque no tan absurdas desde

el punto de vista racional que observa medidas de seguridad. Por ejemplo, porque les exigen que las estufas tengan mejores condiciones, porque usan gas. Y un reglamento de bomberos ha cerrado muchas pulquerías en la ciudad en los últimos años, las ha clausurado, porque no cumplen con las medidas de seguridad.

Cuando tú clausuras una pulquería, diciendo o aduciendo nada más que es un centro de vicio, que es un centro de borrachitos, estás realmente expulsando a un sector de la población que ahí consume sus alimentos. Y así esa población se desplaza a otros lugares para tomar sus alimentos, incluso lo hacen en las mismas obras.

Y sin embargo, la ciudad tiene pulquerías, por ejemplo en Coyoacán, a unos pasos de Francisco Sosa, en uno de los barrios más elegantes de la ciudad. Y todos los antiguos barrios prehispánicos siguen teniendo pulquerías. O sea, la modernidad, cinco siglos, no ha podido destruir este vestigio prehispánico, porque el consumo de pulque es prehispánico.

Esa es otra visión de la ciudad, que tenemos que ver en conexión con la estructura social. Es otra lectura de la ciudad, otra ciudad, y es donde tú encuentras personajes, constructores muy importantes, porque son quienes construyen la ciudad contemporánea.

Miseria y esplendor

Hay otra parte de la ciudad, lo que se llaman las periferias. Sobre eso pienso que existe una concepción equivocada al llamarles precisamente periferias marginadas. Lo marginal de la ciudad. Esa es la idea que hay en los urbanistas, la marginalidad de la ciudad. Y entonces hablan de Chalco, de Netzahualcóyotl, de Chimalhuacán, hablan de la gran ciudad de la pobreza que se está creando alrededor de la Sierra de Guadalupe, que es la ciudad más pobre que hay en la actualidad, y no se le considera como parte de la ciudad actual. Una idea equivocadísima.

Esto porque las periferias sustentan el funcionamiento de la ciudad actual. No se puede entender esas zonas periféricas en la estructura social si consideramos que están fuera. No se las puede entender así. Porque son zonas donde habita una gran cantidad de fuerza de trabajo que tiene una participación en la estructura económica.

La visión romántica es que a esas periferias tenemos que darles todos los servicios. Entonces las concebimos como parte de una ciudad en la que vivimos, o sea, como sectores medios con su agua, drenaje, salita y espacio para auto.

Voy a plantear algo que por el momento no se puede hacer sin provocar grandes cambios en la economía pero, hipotéticamente, qué pasaría si nosotros reconstruyéramos la periferia y le diéramos a toda la gente condiciones materiales para que pudiera vivir mejor, tal como sucede en otras áreas urbanizadas de la ciudad.

Lo que sucedería es que su costo de reproducción se elevaría sin proporción a sus ingresos. Porque esas familias, en la periferia, pagan un costo por su reproducción al consumir sólo diez o catorce litros de agua al día, no pagan impuestos, no pagan luz y todo eso hace que tengan un bajo costo de reproducción. Y eso no es posible sin que aumenten los salarios y por tanto se desate una presión en la estructura económica.

No puede existir una ciudad fuera de la sociedad. Y la ciudad de México va a reproducir sus propios espacios, que son finalmente reproducción de la estructura social o económica. Pero hay una cuestión técnica muy importante. Si nosotros conectásemos al drenaje general de la ciudad los aproximadamente 900 000 lotes irregulares que hay en toda el área metropolitana, entonces la salida de agua, que llegó ya a su límite con los actuales conductos artificiales, sería completamente amenazada.

Eduardo del Castillo: ¿Eso es congruente con la otra parte, donde señalaba que no hay que asustarse con el tamaño ni tenerle miedo al crecimiento de la ciudad, sino más bien a las formas en como ésta crezca...?

Jorge Legorreta: Sí, hay que romper los mitos de la ciudad que nos llevan al catastrofismo o a la inmovilidad. Yo creo que no hay que construir visiones catastróficas sobre la ciudad, porque ésta se ha transformado históricamente y ha transformado su infraestructura y se va adaptando a las necesidades.

También se debe erradicar el mito del inmovilismo, de que no se hace nada porque, de todos modos, esto va a tronar algún día. Y evitar el mito del éxodo, de que hay que salir de la ciudad. Yo creo que esa actitud nuestra, esa que tenemos sobre nuestra urbe, se produce porque no conocemos la ciudad que tenemos. Tenemos de ella una visión muy parcial, no conocemos su dimensión global y la realidad de sus problemas.

Y no se puede querer a una ciudad cuando no se la conoce suficientemente, con sus esplendores, con sus pobreza, con sus riquezas y miserias, con todo. Creo que los ciudadanos debemos tener una visión real, más integral, tenemos que empezar a tenerla como ciudadanos. Esta es nuestra ciudad real y podemos asumirla con irritación porque no la comprendemos. Pero creo que lo que se necesita es conocerla para preservarla.